

La devoción á nuestra Señora de Rocamador, que habia pasado de Francia á Navarra y de allí á Castilla, se sostenia aún en el siglo XII por Leon y ambas Castillas, y en 1181 D. Alfonso IX donaba á la primitiva iglesia de Roc-Amadour varias tierras en Fornellas y Orbanella (*Orbaneja*).

A un extremo de la bárdena en los límites de Aragon y Navarra y sobre un alto cerro que domina gran parte de la cuenca del Ebro y los frondosos campos de Tudela, se alza el santuario de Nuestra Señora de Sancho Abarca, castillo donde los navarros solian tener guarnición vigilante, y en el cual unos frailes ó hermanos legos, por el estilo de los primitivos de Roncesvalles, cuidaban el culto de la Virgen, formando una comunidad poco conocida, que se titulaba de *los hermanos de Sancho Abarca*. La tradicion supone que esta efigie es la de Nuestra Señora de Sarranza, en Bearne y no lejos de la raya de España, la cual el año de 1569, profanada por los hugonotes, que habian asesinado á los católicos de aquel pueblo, huyó de aquellos parajes viniendo al citado cerro (1).

Pero como la conquista de aquellos territorios no quedó asegurada hasta entrado el siglo XI, el culto de María en aquel sitio no corresponde á los antiguos tiempos, á que nos vamos refiriendo, sino á otros más posteriores, por lo que no se hace aquí más que indicar esa breve noticia. Más antigua y quizá coetánea de la efigie de Roncesvalles se cree que sea la de Uxue, descubierta por una paloma (en vascongado *Uxua*) que entraba todos los dias en el hueco de un peñasco á donde la siguió un pastor, el cual encontró allí aquella efigie de la Virgen.

VIII.

AVANCES DE LA RECONQUISTA ASTURIANA: DEVOCION DE SUS REYES Y OBISPOS A LA VIRGEN MARIA: LA VIRGEN DEL REY CASTO EN OVIEDO: SANTA MARIA DE LUGO: NUESTRA SEÑORA DE LA REGLA EN LEON Y SANTA MARIA LA BLANCA.

Entre las iglesias más notables de la restauracion cantábrica y asturiana considerada como objeto de estudio y digna de ser mirada como uno de nuestros más antiguos y venerandos monumentos arqueológicos, se cuentan y enseñan la de Santa María del Naranco, que se supone haber sido primero palacio de los reyes de Asturias en el siglo VII, y luego la Catedral de Oviedo restaurada por D. Alfonso

les por Felipe II, y con Bulas de San Pio V, segun hallamos al registrar el Archivo del Hospital general de la Santísima Trinidad.

(1) Escribió sobre esto el P. Faci, refiriéndose al libro que escribió sobre este asunto el P. Fray Basilio Izurri de Roncal, impreso en Pamplona por Alonso Burquette, año de 1729.

el Casto, monarca muy devoto de la Virgen. La capilla que construyó á esta tenia tres naves y puso en ella siete capellanes para culto de María. De su palacio mismo la trasladó á la catedral, llamándose desde entonces *la Virgen del rey Casto*, al paso que el pueblo solia apellidarla *venerable Madre de los Asturianos*. Su tamaño es el natural; el color moreno pero no atezado; las manos, por cierto muy bien ejecutadas, sostienen al niño, y el conjunto es grave y agradable á la vez, muy ajeno de la deformidad de las rudas efigies del siglo VIII; hasta el punto de hacer creer que haya pasado por alguna reforma en época más afortunada y por diestra mano.

Los cristianos de Asturias, despues de expulsar á los musulmanes del territorio á que servian de antemural sus ásperas montañas, pasaron de ellas á las de Galicia, y bajaron á recobrar los campos de Leon; avanzando la reconquista y con esta el catolicismo, y la devoción á la Virgen María, profundamente arraigada en ellos. El sacerdote exhortaba al guerrero y le acompañaba, participando á la vez de sus peligros y auxiliándole con los espirituales socorros.

A veces derrotado el guerrero quedaba tambien cautivo el obispo, y tenia que entrar en Córdoba encadenado como un prisionero cualquiera. Así entraron Hermoigio de Tuy y Dulcideo de Salamanca, despues de la aciaga batalla de Valjunquera. ¿Por qué la historia escrita con impiedad ha de echar en cara á la Iglesia que atendiera entonces á las cosas seculares, que no eran de su incumbencia, cuando los contemporáneos no lo hubieron por agravio, sino que lo agradecieron por favor? ¿Es acaso ladron el que recoge la joya perdida, ó saca del fango la perla abandonada?

Al avanzar por Galicia la reconquista, un obispo celoso llamado Odoario se resuelve á repoblar en las ruinas abandonadas de la antigua *Lucus*, ó sea Lugo. En su compañía iban un tal Gimeno, Riccilon y otros varios que volviañ de Africa, donde quizá habian estado cautivos (1). Las paredes de la Catedral estaban todavía en pié y el piadoso obispo y sus obreros lograron restaurar el edificio gótico, y luego la ciudad y sus muros, bajo la direccion y señorío temporal del obispo.

La iglesia restaurada tomó la advocación de Santa María; probablemente la tendria en los antiguos tiempos (2) y quedarian en pié algunos restos de ella como se conserva todavía la antiquísima y casi ilegible inscripcion en una lápida (3), en la cual se invoca á la Virgen sin mancilla, llamándola *Luz y escudo de la Iberia, sol y excelsa María*.

La tradicion local considera como primitiva efigie de la Virgen en aquella Catedral la de Nuestra Señora de los ojos grandes (*Nosa Senhora dos olhos grandes*), llamada tambien Santa María de Lugo, la Mayor y la Grande, y aun algunas veces de la Victoria, por la que ganó D. Alfonso el Casto, en el Castro de Santa Cristina, por intercesion de la misma Virgen, segun dice un antiguo privilegio otorgado por él á dicha iglesia, capital por entonces de Galicia (4).

(1) Véase el tomo XL de la *España Sagrada*, pág. 201 y 203.

(2) En un documento del tiempo de los suevos, al celebrar en Lugo un concilio, se halla la invocacion de María diciendo el rey que desea servir á Dios y á su Santa Madre: véase á la pág. 344 de dicho tomo.

(3) *IO lux, jubar inverte, sol et celsa Mariat* véase á la pág. 105 del citado tomo XL. La inscripcion es de mediados del siglo VIII, pues Odoario restauró y rigió á Lugo de 740 á 768. Pero es posible que la inscripcion fuese del tiempo de los godos.

(4) *Ibidem*, pág. 369.

La efigie de Nuestra Señora de Lugo es de alabastro y de buenas y proporcionadas formas, á pesar de su mucha altura, pues tiene cerca de dos varas sin la peana ni corona (1). Por la viveza de sus grandes y rasgados ojos se le dió por el vulgo la denominación ya dicha: su rubia cabellera baja en dos pobladas madejas á los lados del cuello, cubierto en parte por la toca, que baja también suelta y descansa sobre los hombros.

La efigie del niño descansa sobre el brazo izquierdo apoyando su mano sobre el pecho virginal, que castamente le ofrece su cariñosa Madre. La tradición asegura que esta efigie estuvo en el altar mayor de la catedral restaurada por Odoario, y que ya era elogiada su belleza (2). Pero más adelante en alguna restauración se la trasladó á otra capilla particular; como quizá ella, si se atiende á los perfiles, actitud é indumentaria, reemplazó á la primitiva, cuyas proporciones debieron ser menores y más toscas.

Al avanzar la reconquista á Leon, los reyes, que hasta entonces se habían titulado de Asturias y Galicia, no se muestran menos devotos con la Virgen María que lo habían sido sus antecesores en Oviedo y Lugo. A D. García, que solamente reinó dos años, sucedió su hermano D. Ordoño, á la sazón rey de Galicia, á quien debió Leon su principal engrandecimiento (914). Su propio palacio cedió para construir iglesia catedral bajo el título de Santa María de Regla, advocación que tomó quizá por estar servida la iglesia por canónigos regulares, para quienes construyó casa, refectorio, dormitorio y biblioteca al rededor de la catedral. El altar mayor dedicó á la Virgen, presidiendo á la nave principal; los colaterales, presidiendo á las otras dos naves, fueron dedicados el uno al Salvador y á los Santos Apóstoles, y el otro á San Juan Bautista y á los Santos Mártires y Confesores.

No era nuevo que los reyes cedieran su palacio y propia habitación para la Virgen, pues los de Asturias también lo habían hecho como queda dicho (3). Ordoño I en 860 ya hacía donaciones á la iglesia de Leon, recién sacada de poder de infieles por la pujanza del rey Casto, y entre otras de una basilica de Santa María (4); y pocos años después el obispo Frumimio, al hacer unas donaciones á la iglesia de Leon, territorio de Galicia, según decía él entonces, apellidaba á la Virgen su titular *Reina del cielo* (5); *Señora mía* la llama varias veces D. Ordoño II en las varias y espléndidas donaciones, que á Santa María de Regla hizo en 916, cediéndole hasta su propio palacio, el cual lo había sido de su padre y abuelo.

Dos bultos de piedra que había cerca del coro dieron lugar á encontradas y

(1) Así lo dice Villafaña, que la describe prolijamente y la supone traída por Santiago. Por la descripción que hace y lo que entiendo, más bien debió ser ejecutada en el siglo XIII, y en reemplazo de la primitiva. No estaba el Santo Apóstol para viajar con efigies de ese tamaño y de ese peso.

(2) En su privilegio de 832, D. Alfonso dice, que la basílica estaba construida *in opere*. Mas adelante añade que era la misma primitiva, pues no la habían destruido los musulmanes ó paganos, puesto que habían quedado sus muros en pie.—*España Sagrada*, tomo XL, páginas 370 y 371.

(3) D. Ordoño I entre otras donaciones hizo una en 850 á la iglesia de Oviedo del monasterio de Santa María de Hermo (*verno*) que él había fundado. *España Sagrada*, tomo XXXIV, página 142.

(4) *Sanctæ Virginis Mariæ Regina cælestis*.....

(5) *España Sagrada*, pág. 440..... *Ut post Dominæ Mariæ semper Virginis partem..... quæ prius palatium civorum et parentum meorum esse noscuntur*.....

vulgares anedoctillas acerca de esta real donación. El uno representaba á un guerrero sacando la espada: enfrente el otro parecía en actitud de huir. Suponiase por unos que el mayordomo del rey dispuso del real palacio para construir la catedral sin contar con este, y que irritado D. Ordoño estuvo para matarle: según otros por el contrario D. Ordoño le persiguió airado porque quiso disuadirle de dar su palacio para iglesia de la Virgen. Lo más creíble es que ámbas suposiciones fueran pura conseja del vulgo, pues el rey cedió su palacio espontáneamente para catedral, y esta fué erigida bajo la advocación de Nuestra Señora de Regla. (1)

Pero al lado de esta advocación menos conocida, pues el altar mayor representa el misterio de la Asunción gloriosa (2), figuran desde los primeros tiempos dos efigies de la Virgen con el título de Nuestra Señora la Blanca y Nuestra Señora del Dado, objetos igualmente de mucha devoción y de especiales cultos y festividades. Describiendo Lobera las grandezas de Leon, á fines del siglo XVI, dice de la catedral leonesa (3): «El edificio antiguo de esta iglesia mayor de Santa María de Regla, es las tres naves, crucero y trascoro, con las tres portadas correspondientes, que son la de Nuestra Señora la Blanca, la de Nuestra Señora del Dado, y la que llaman del Obispo.»

Pero la catedral, tal como ahora la tenemos, no es la construida por D. Ordoño II. Pareciéndole aquella mezquina al obispo D. Manrique, comenzó la actual á fines del siglo XIII, y duró su construcción más de un siglo, siendo quizá esta, entre otras, la causa de su actual ruina, por lo mucho que debió padecer la fábrica sin terminar en más de cien años, sufriendo las quebras consiguientes á los varios asientos, y variedades en la dirección.

En el claustro de la catedral hizo poner el obispo D. Manrique una efigie de la Virgen tallada en piedra, y que conserva la advocación de *Santa María la Blanca*. Son muchas las efigies y altares dedicados á la Virgen María en España (4) bajo esta advocación, según veremos al hablar de la de Toledo, y no siempre la efigie es igual ni parece aludir á un origen común y de igual procedencia. En su principio debía significar la advocación de Santa María la Blanca la existencia de alguna otra efigie de la Virgen esculpida en madera y de color moreno ó atezado. Como las efigies de madera solían ser pintadas ó coloridas con bermellón mezclado con otra pasta blanca para figurar el color de carne, al oxidarse aquel ingrediente metálico, ó el albayalde que sirviera para el blanco, hacían degenerar el color sonrosado primitivo en otro moreno, á veces de un prieto casi negro y repugnante. La estupidez del vulgo, y á veces de los que no son vulgo, ha solido impedir que se restaurase y estucara de nuevo el color degenerado de estas efigies atezadas, creyendo agravio lo que fuera obsequio. No tienen inconveniente en manosear la

(1) Véase la donación en el tomo XXXIV de la *España Sagrada*, ap. núm. 9.

(2) El altar mayor actual en aquella lindísima catedral, cuya reparación va tan larga, es un gran armatoste de madera dorada, que, si bien es grandioso y fuera lindo para otra iglesia, describe mucho de aquella catedral.

(3) Página 249 de las Grandezas de Leon.

(4) Además de estas de Leon y Toledo, había en Salamanca un hospital con lindísima iglesia plateresca, titulado de Santa María la Blanca. El hospital era del cabildo y en él se hicieron las primeras operaciones anatómicas, que se consintieron á los profesores de la Universidad.... En la Colegiata de Santa María de Calatayud hay un lindísimo altar plateresco, bajo la misma advocación.

efigie para cubrirla de trapos y vestidos, y creen que es un insulto que el artista le lave la cara llena de polvo y humo, y degenerada del bello y sonrosado primitivo color.

Mas desde que el arte mudó de carácter en el siglo XII mejoró las condiciones de la escultura y se atrevió á tallar la piedra y grandes trozos de mármol y alabastro, dándoles bellas y airosas proporciones, colocando á la Virgen María en pié y no sentada, con el niño al brazo izquierdo y no de frente, sostenido sobre las rodillas y con ambas manos; dejöse de pintar á las efigies marmóreas, dándoles cuando más una ligera mano de color, y contrastó el blanco nítido de las nuevas efigies con el atezado de las antiguas sentadas y de madera. De ahí el dar á varias de las nuevas el título de Nuestra Señora la Blanca, á fin de distinguirlas de las antiguas primitivas y morenas que aun se conservaban. Por ese motivo, aunque Nuestra Señora la Blanca en el claustro de Leon representaba, segun el deseo del obispo D. Manrique, y representa en su modesto nicho á Santa María de Regla, con todo, siendo de piedra y blanca, debió quedar con esta advocacion, pues la primitiva de los tiempos de D. García y D. Ordoño estaria ya negra en el altar, donde quizá habia sido venerada desde el año 865, en que ya consta la dedicacion de altar á la Virgen María en aquella iglesia (1), y que debía tener ya en tiempo de D. Manrique más de cuatro siglos y medio de antigüedad, tiempo más que suficiente para deteriorarse y ponerse negra.

Describe Lobera prolijamente las fiestas que desde tiempo inmemorial se celebraban en Leon por la Cofradia de Santiago, que era de los caballeros y gente más noble é ilustre de Leon, yendo el dia de Santiago á la iglesia de San Marcos, y el de la Asuncion á la catedral, llevando en estos casos su pendon con las armas reales y las efigies de la Virgen y Santiago. Minuciosamente describe el baile y demas ceremonias de las *doncellas cantaderas*, que entraban en la catedral danzando, y repetían sus bailes en el claustro ante el altar de Santa María la Blanca, á presencia del obispo, cabildo, regimiento, caballeros y pueblo, en recuerdo de la victoria debida á Santiago, que libró á las doncellas leonesas y asturianas de ser victimas de la lascivia musulmana. El monasterio de San Isidro tenia que ofrecer una bandeja con manteca y miel, que solian presentarse artísticamente colocadas, figurando un edificio monástico. Tambien hacia su ofrenda el municipio y al recordarlo el escritor Lobera, añade (pág. 220): «Y por estar esta imágen de Santa María la Blanca en el claustro, labrada para testigo y memoria de la ofrenda y fucro, que el monasterio de San Isidro ha de pagar en cada un año á la iglesia mayor de Santa María de Regla, me parece ofrece allí el regimiento en nombre de sus doncellas el toro, pan y frutas.»

La imágen está todavía en el claustro, donde la ví en 1871 y la ofrenda continúa, segun se me dijo.

(1) El calendario ó martirologio de Leon, que es del siglo XII, pone esta fecha de 28 de Mayo de la Era 903 para la dedicacion del altar de la Virgen (*Dedicatio altaris Beatæ Mariæ*) *España Sagrada*, tom. XXIV, pág. 147.

IX.

LA VIRGEN DE MONTSERRAT (1).

A siete leguas de Barcelona se alza una montaña pintoresca cuya base tiene cuatro leguas de circunferencia, y se eleva á gran altura aisladamente de las contiguas sierras. El deslindar su formacion, probablemente volcánica y en los tiempos prehistóricos, es incumbencia de la geologia, pero ajena enteramente de nuestro propósito. La tradicion supone, que hasta los tiempos de la venida del Salvador al mundo esta montaña era un cono basáltico, enteramente árido y desfavorecido de la naturaleza; pero que, al verificarse el gran terremoto que agitó á toda la tierra, y de que habla el Evangelista San Mateo (cap. 28), el cual fué grande, segun él expresa, se disgregaron los flancos de la montaña, quedando aislados de ella, en varios conos, y formando caprichosos picos y aisladas colinas, que le dan un aspecto particular y fantástico, cual si un gigante con hacha titánica, ó descomunal sierra, se hubiera complacido en ir hendiendo la montaña por diferentes parajes, para formar con sus enormes bloques delgadas pirámides y fantásticos flamos. De ahí el título de *mont-serrat* (*mons serratus*, monte aserrado) como quien supone hechas á mano las aisladas y desprendidas colinas; y de ahí ese nombre en vez del de *Estorcil* y *Serrejo* que dicen tuvo en remotos tiempos.

Y añade la tradicion, que al desgajarse los flancos de la montaña, como protesta de la naturaleza contra el Deicidio horrible y el sacrilego atentado contra su Criador, el árido y basáltico peñon, antes místico y estéril, vió brotar de su seno, quizá cóncavo en muchos parajes, raudales de agua cristalina, que fecundiz ron sus quebradas y laderas, llevando á ellas la frondosidad y la lozanía de la vida vegetal, cubriéndose de robles, arbustos y aromáticas plantas sus faldas y sus cimas, acariciadas estas por los vapores y aquellas por las mansas olas del Llobregat, que besa el pié de la montaña, base y peana de la Santa Virgen, llevando á Barcelona y al Mediterráneo los rumores de la devocion cordial de los pueblos comarcanos.

La aparicion de la efigie de la Virgen en una gruta de aquella fragosa montaña se remonta, segun la opinion más corriente y admitida, á los últimos años del siglo IX (880). Desastrosa era aquella época: los emperadores de Oriente habian vencido ya para entónces á los iconoclastas destructores de las sagradas imágenes, pero no los habian derrotado, que no es derrotado el vencido, cuando queda en actitud de resistir aún, y sublevarse. Aquellos emperadores, pusilánimes y degenerados por lo comun, amparaban el orgullo de Focio, por envidia y fatua rivalidad

(1) Aunque el nombre propio es *Montserrat*, la dificultad de pronunciar tres consonantes juntas ha hecho que se omita la *t* al pronunciar ese nombre, y luego que se escriba como se pronuncia.

con Roma, labrando su ruina con su necio cisma. El imperio de Carlomagno, fundado á principios de aquel siglo, en completa decadencia amenazaba tambien próxima ruina, y con las ruinas del coloso imperial surgian nuevos reinos y condados independientes, al modo que se van formando casas nuevas con los departamentos aislados de un vetusto y ruinoso alcázar. García Iniguez afianzaba la independencia pirenaica uniendo en su mano los dominios de Aragon y Navarra. Wifredo el Velloso, que defendia briosamente el condado de Barcelona, no teniendo que esperar socorros de los degenerados hijos de Carlo-Magno y Ludovico Pio, se hacia independiente por el derecho de su valor y el valor de su derecho, fundando un Condado que, absorbiendo otros pequeños y de menos valer, habia de llegar á ser casi un reino, como los condados de Aragon y Castilla, que surgian por entonces, habian de llegar á absorber las coronas mas antiguas, erigiendo las dos grandes monarquías, que en su dia se habian de fundir en Granada, dejando de ser Castilla y Aragon para ser España. Y es notable que por entonces, mientras en Oriente continuaba la persecucion sorda contra las sagradas efigies, á pesar de las disposiciones del Concilio IV general de Constantinopla, y en Andalucía quemaba reliquias y efigies el bárbaro Abderraham, asesino de San Eulogio y otros muchos santos mozárabes, aparecian en los riscos del Pirineo la Virgen del Roncesvalles en Navarra, la de Usua en Uxue, á la parte de Aragon, y la de Monserrat en la parte septentrional de Cataluña, mientras que el culto de Maria se aumentaba esplendoroso en Oviedo, Lugo, Leon, Hirache, Leire, Vich, Gerona, Ripoll y otros puntos de Cataluña, así en catedrales como en monasterios. Principia ya con esto desde fines del siglo IX al siglo XIII inclusive esa serie continua de apariciones á los pastores que, durante un período de más de quinientos años, puebla de efigies de la Virgen, más ó menos milagrosamente aparecidas, los montes, los riscos, las grutas, los bosques, las fuentes, las cañadas y los valles de todo el territorio español, desde las vertientes del Pirineo á las faldas de Sierra Morena, y esto con tal uniformidad y frecuencia, que podemos llamar á esa época del culto mariano el *cielo de los pastores*, de que hablaremos luego.

En casi todos estos casos de apariciones de efigies de la Virgen á los pastores, la tradicion ó la leyenda nos hablan de celestiales resplandores, de conatos de trasladar la efigie á mejor sitio y de oposicion de ésta á ser removida del paraje de la aparicion.

Esto mismo sucede en Monserrat. El obispo de Urgel es avisado por unos pastores acerca de la existencia de una antigua efigie de la Virgen, que habian descubierto en una lóbrega é inaccesible gruta del Monserrat, guiados por los esplendores que salian de ella y por otras luces sobrenaturales, que en los sábados por la noche parecian bajar del cielo, cual antorchas que venian á tener por candelabros las aisladas colinas de la montaña. Viene el prelado con el párroco de Olesa y otros clérigos y vecinos á venerar la efigie milagrosamente descubierta, y acuerdan trasladarla á paraje de más fácil acceso. La devocion deseaba darle culto en la antigua Egara ó Manresa, que fuera catedral en otro tiempo. Mas la Virgen preferia santificar con su presencia la portentosa montaña que le sirve de peana, faro de Barcelona, paladion de Cataiuna, y atalaya del Mediterráneo, el cual parece á veces empujar mansamente sus olas hácia la playa próxima, para besar la sombra de aquellas crestas, que el sol poniente proyecta hasta dentro del mar, reflejándolas en sus aguas como en un espejo.

A Manresa le reservaba otra gloria para mas adelante; en otra gruta habia de dictar un libro á un capitán, retirado del servicio del emperador de la tierra, para fundar una Compañía del nombre de su Hijo Jesus.

Al ver el obispo y su piadosa comitiva la imposibilidad de mover la efigie del sitio escogido por ella, y donde hoy se alza su templo, conocieron la necesidad de no pasar adelante y de consagrarle iglesia en aquel mismo paraje. Piadosos anaoretas vinieron á darle culto poblando las inmediaciones del templo en vida cenobítica, ó viviendo aislados y solitarios en la cúspide de las colinas próximas; hasta que un siglo despues, segun la opinion más probable (976), quedó el culto á cargo de los hijos de San Benito.

La leyenda vino en pos de la tradicion, como suele suceder, poniendo en este intermedio la romancesca novela del ermitaño Juan Garin (1).

Hacia éste áspera penitencia en la montaña y en guarda de la efigie de la Virgen. Accediendo á los importunos ruegos del conde Wifredo el Velloso para que se encargase de la direcion de su hija Riquilde y la librase de la obsesion que padecia, accedió imprudente á la mas imprudente porfia del alucinado padre. La soledad por sí sola no da virtud. Lot casto en la ciudad no lo fué en el desierto: lo mismo sucedió á Garin, y por encubrir su impureza ¡mal pecado! apeló al asesinato. Arrepentido de su duplicado crimen se decidió á sufrir áspera penitencia por mandato apóstolico, ó por voluntaria imposicion, paciendole á gatas la yerba de la montaña, andando desnudo y sin mirar al cielo, ni proferir palabra. Cazado como una fiera le enseñaba el conde á sus comensales, en un patio de su palacio en Barcelona, cuando con estupor de todos habló un niño de cinco meses, hijo del conde, á quien la nodriza tenia en sus brazos, diciendo en alta y clara voz:—¡Levántate, Juan Garin: el Señor te ha perdonado!—Creció la admiracion al ver alzarse á la supuesta fiera y confesar á los piés del estupefacto y airado conde la verdadera fiera de su enorme crimen. El conde hubo de perdonar á quien Dios, más ofendido, habia perdonado.

Faltaba que cumplir un triste deber, cual era el de dar honrosa sepultura al cadáver de la malhadada Riquilde. Trasládose el conde á la montaña, y el avergonzado Garin señaló el sitio donde enterrara el cadáver de la niña. Abierta la fosa apareció este íntegro, pudiéndose decir de él como de Lázaro:—¡No está muerto, es que duermo! Alzóse la jóven sonriendo y quedó patente el milagro de la Virgen, viéndose al rededor de su cuello ancha cicatriz, cual una cinta roja, que marcaba el paraje por donde entrara el cuchillo asesino. La jóven resolvió consagrar su vida á quien se la habia salvado, y el padre alzó allí un monasterio donde viviera su hija con otras piadosas jóvenes bajo la regla de San Benito. Garin murió despues en opinion de santidad.

Hasta aquí la leyenda, la cual añade, que más adelante el monasterio, poco seguro en aquel paraje, se trasladó á poblado, viniendo otra comunidad de Benedic-

(1) El P. Villafañe, que no pecaba de excesivo criterio, pues admitió que la efigie de la Virgen de Monserrat era «fabricada por San Lucas, y traída á España por San Pedro» (como si San Pedro hubiese venido á España!) y otras consejas por el estilo, no quiso, á pesar de eso admitir la del monje Garin, tratándola con tan justo despego que ni aun narrarla quiso, diciendo acerca de esa leyenda «que algunos historiadores dicen cosas tan extraordinarias, que parece que crédulos ú omisos en examinar la verdad, mezclan lo fabuloso con lo verdadero.» En esto tenia mucha razon.

tinios, dependientes del abad de Ripoll, á reemplazar á la de aquellas monjas. Nada de esto se necesita para explicar, el que á los primeros anacoretas vinieran á dar regla y reforma los hijos de San Benito, modelos de fervor, virtud y saber por aquellos tiempos en España y en toda Europa.

Dos fundadores de institutos religiosos, de los más célebres en la Iglesia, vinieron á visitar la Virgen de Monserrat: San Pedro Nolasco en el siglo XIII y San Ignacio de Loyola en el siglo XVI. Al pié de la Virgen dejó el lisiado capitán guipuzcoano su honrosa espada, para pasar á ser reclutador y jefe de otra Compañía celeberrima en la Iglesia (1). De uno y otro hay que hablar más adelante, como devotos y favorecidos de la Virgen y propagadores de su culto, en relacion con nuestra historia.

El expresar aquí los muchos favores hechos por ella á Cataluña y á España, la devoción de nuestros monarcas en justa correspondencia, sus privilegios apostólicos y reales, numerosos milagros, seria demasiado prolijo. El monasterio de Monserrat ha sido siempre uno de los más célebres, austeros y privilegiados de España, su abad era mitrado, desde que el antipapa Pedro de Luna lo eximió de la jurisdicción de Ripoll, en 1417; y el culto que allí se daba á la Virgen María grave y espléndido á la vez.

Monserrat era ademas una de las escuelas de música religiosa más notables y principales de España: de su *escolanía* han salido músicos muy acreditados y excelentes compositores. Los niños escogidos, que allí eran educados, aprendían, ademas de la música vocal é instrumental, algunas otras ciencias, y principalmente la *ciencia de las ciencias*, que es la ciencia de la salvación del alma. Notable es el efecto que aquella música suave y aquellas voces argentinas hacen al anochecer bajo las bóvedas restauradas de aquel gran templo, lejos de todo ruido y bullicio, cuando á oscuras la iglesia, alumbrada solamente con la vacilante luz de la lámpara, entonan los escolanes el himno *Te lucis ante terminum*..... acompañando la salmodia con sus pequeños y dulces instrumentos.

Ademas de la escolanía y el monasterio, tenía Monserrat otra comunidad de donados, como sucedía en muchas de nuestras antiguas casas cenobíticas. Estos vivían á veces repartidos por las ermitas de la montaña, y en las cúspides de los riscos, anidando allí como las aves; las cuales solían venir á su mano á recoger el alimento, que guardaban para ellas de su escasa ración, anidando seguras en sus ermitas y acompañando con sus trinos y gorjeos la piadosa salmodia de aquellos anacoretas.

Allá se refugiaban también no pocos pecadores para hacer confesión general de sus delitos, despues de una serie de días de retiro y espirituales ejercicios. Desde los pueblos inmediatos llegaban devotas procesiones y rogativas en los casos de apuros y graves necesidades públicas. Allá acudían también en acción de gracias

(1) Si la espada de San Ignacio recuerda en Monserrat su visita y devoción á la Virgen, la de San Pedro Nolasco la recuerda la siguiente décima, que se leía junto á su efigie y copió el P. Villafañe:

Aquí de un voto á María	Le manda la Virgen frate
Cumpliendo la obligación	De poner feliz remate
De fundar su religion,	A la fundacion.... Fundó,
Nolasco impulsos tenía.	Y así el favor que alcanzó
Vuelto á Barcelona un día	Merced fué de Monserrat.

y públicos regocijos, y en tales casos era costumbre encender por la noche, y á un mismo tiempo, grandes hogueras y fogatas en la cima de todos los montes desde donde se descubre el Monserrat, en una circunferencia de más de seis leguas, presentando en este caso la montaña sagrada un espectáculo encantador y grandioso, iluminada por todos lados con rojizos fulgores.

Entre las varias obras escritas en elogio de la Virgen de Monserrat y descripción de su casa (1), es notable el libro titulado *Cancionero de Monserrat*, que contiene muchas baladas antiguas, villancicos y plegarias, que solían cantar los romeros y peregrinos al subir por la montaña, y en las inmediaciones de la iglesia y del monasterio, mientras descansaban un rato, ántes y despues de sus piadosas plegarias, evitando de este modo que en el regocijo se mezclaran canciones profanas, ó alusivas á las disensiones políticas ó de reyertas entre los pueblos y los opuestos bandos, viniendo á ser objeto de discordia lo que debía ser de honesto solaz, devoción, agapes fraternales y cariñosos acuerdo.

Una de ellas, que rebosa ternura, devoción y sencillez, haciendo contraste entre Barcelona y Monserrat, se titula el *Mes de Mayo en Monserrat*. Representa á un peregrino de Barcelona, que sube pausadamente por las cuestas de la montaña, echando de ménos las dulzuras de la ciudad condal. La Virgen le llama, reprendiéndole cariñosamente, y entre ella y el peregrino se entabla el siguiente diálogo:

La Madre de Dios	Pero el mes de Mayo
Desde su montaña	Recuerdo con ansia,
Dos días hace	Y días de gozo
Cuando el sol bajaba,	Que antes disfrutaba.
Con voz cariñosa	Que en mes tan bendito
Que aun al cielo encanta	Barcelona ensalza
Dentro de mi pecho	Con júbilo grande
Deste modo hablaba:	Vuestras glorias santas:
—¿Qué haces en el Bruch	Y yo retirado
Cerca de mi casa,	En esta montaña
Sin cantar mis glorias,	No puedo ya honraros
Sin decirme nada?	Como acostumbraba.
—¿Qué quereis, Señora,	—No recuerdes, no,
Qué quereis que haga,	Fiestas de tu patria,
Viéndome lanzado	Que aquí en Monserrat
Lejos de mi patria?	Las hay bien galanas.
—No decias eso	—Allí os alumbran
Cuando bien me amabas:	Mil antorchas blancas,
Donde estaba Yo	Que en vuestros altares
Tu patria encontrabas.	Esplendor derraman.
—Yo os estimo mucho;	—Aquí por do quiera
Do quiera que vaya	La luz del sol baña
¡Sabéis que en mi pecho	Los picos hendidos,
Os guardo morada.	Los valles y ramblas.

(1) Las más notables son el *Libro de la historia y milagros hechos por invocación de Nuestra Señora de Monserrat*, escrito por el abad Fr. Pedro de Burgos, impreso en el año de 1627, y otro más modesto, publicado por el abad D. Miguel de Muntadas, impreso en Manresa el año de 1867, en un tomo en 8.º de 512 páginas, con una multitud de grabados intercalados en el texto, que hacen su lectura amenísima é interesante.

—Lindos ramilletes
De flores galanas
Os llevan las niñas,
Con bellas guirnaldas.
—Aquí sus aromas
Elevan las plantas
Que mi Hijo ha criado
Por estas montañas.
—¡Oh cánticos santos
Que allí os ensalzan!
¡Oh coros alegres
Que *pura* os proclaman!
—Oye esos conciertos
De avecillas varias
Que con sus gorjeos
Aun mejor me alaban.
Y si todo esto
Ves en mi montaña,
¿Por qué echas de menos
Lo que aquí no alcanzas?
—¡Oh María! es cierto
Que no lo apreciaba;
Perdonad, ¡que es triste
No estar en su patria!

Las vicisitudes políticas por que ha pasado nuestra patria durante este siglo, han sido funestas para el santuario y monasterio de Monserrat. Las dervotas de los franceses en el Bruch y en otros puntos inmediatos, sublevados en masa contra la dominación impía y extranjera á la vez, atrajeron las iras de los invasores sobre aquellos parajes, y arrollando las fortificaciones improvisadas en ellos, saqueáronlos llevándolo todo á sangre y fuego. La efigie de la Virgen fué escarnecida, pero segun la tradicion el ultraje no quedó impune ni se hizo esperar largo tiempo el providencial castigo (1). En pos de la guerra extranjera vinieron las luchas fratricidas, la desamortización, la expulsión de los monjes, los pronunciamientos y revoluciones á recoger con avara mano lo que con generosa devoción iba reponiendo la caridad cristiana. No estamos en el caso de recordar tristes hechos, buenos para olvidados; que nuestro libro es de paz y de ternura, y si ha de arrancar lágrimas, preciso es que sean de esas que desahogan el pecho y no dejan hondo surco en las mejillas.

Hoy afortunadamente abierto y reparado el templo, repuesta en su silla la anti quisima y secular efigie, restablecida una comunidad piadosa, restaurado en parte el monasterio, habilitadas viviendas para peregrinos y piadosos viajeros y ejercitantes, congregada nueva escolanía, renovadas las romerías y antiguas procesiones, vuelve Monserrat á ser visitado, frecuentado y atendido por la devoción constante de Cataluña, como en sus mejores tiempos.

(1) El 31 de Julio de 1812 volaron los franceses los restos de la iglesia y monasterio, que habían incendiado un año antes.

La plata había sido ocupada antes para el armamento nacional por valor de más de 35 mil duros, incluso el trono de plata de la Virgen que pesaba 14 arrobas.

Pero bien os consta
Que os ama mi alma;
Con vuestros amores
Mis penas se calman.
—Cántame de amor
Trovas catalanas,
Celebra mi mes
En esta montaña.
—Venid, catalanes,
Venid á adorarla,
Aquí en Monserrat
La Virgen sagrada.
Venid presurosos,
Su salve entonadla,
Que glorias y amor
María nos guarda.
Miradnos á todos,
Señora, con gracia,
Que aunque sois morena
Os damos las almas.
Y flores de Mayo
Su amor os regala
Y en himno devoto
Vuestras glorias canta.

La antigua corona de Aragon tiene en la corte un hospital é iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora de Monserrat, que preside en su altar mayor, ocupando las del Pilar y Desamparados las dos capillas colaterales del crucero, servidas por sus respectivas congregaciones de catalanes, aragoneses y valencianos (1). La efigie de María que preside en el altar mayor, es de talla y exactamente igual en tamaño, color y proporciones á su original. Este es de tamaño casi natural; y de buena talla, á pesar de su mucha antigüedad: su color es moreno y lo mismo el del niño. La Virgen está sentada y tiene al niño sobre las rodillas, como las más antiguas, apoyando la siniestra sobre su hombro cariñosamente y extendiendo la palma de la mano derecha como para mostrarle algun objeto. Su túnica interior es cerrada y de color rojizo, el manto azul. La mirada del niño Jesus y de su Madre son bondadosas y apacibles y suelen inspirar gran devoción y recogimiento á los que de cerca pueden contemplarlos.

Entre las efigies más antiguas de aquel país puede ponerse la de Nuestra Señora del Claustro, en la catedral de Solsona (2). La tradición asegura que en tiempos muy remotos, cuya fecha se ignora, fué hallada dentro de un pozo contiguo al claustro de la catedral al extraer de él á un niño, á quien buscaba con ansia su angustiada madre. A los gritos de ésta habia respondido el niño desde lo interior del pozo: sacado de allí aseguró que lo habia sostenido á flote una Señora para que no se ahogase. Al reconocer el pozo se halló en él aquella efigie de la Virgen, con una luz encendida. Aunque al pronto se quiso colocarla en el altar mayor, vióse luego la conveniencia de construirle capilla en el claustro y cerca del pozo, donde por segunda vez fué encontrada.

(1) Fundólo en 1616 D. Gabriel de Pons: en 1668 se trasladó al sitio que hoy ocupa en la plazuela de Anton Martín. Dicese, que habiendo sortado tres veces con la del Pilar y Desamparados la advocación que habia de llevar la iglesia, las tres veces salió la cédula de Monserrat.

La efigie de Madrid no está vestida, y debe aplaudirse en esto el buen gusto de la Congregación.

Ademas de esta iglesia tiene otra en Madrid Nuestra Señora de Monserrat. Fundóla en 1642 Felipe IV, para recoger algunos monjes benedictinos que habian sido expulsados de Monserrat y otros puntos por partidarios suyos, no queriendo tomar parte en la guerra civil. El monasterio es hoy correccional de mujeres, y la iglesia, que no estaba acabada, apenas tiene culto.

Tambien el hospital de la Corona de Aragon en Roma llevaba y lleva la advocación de Monserrat, y está hoy dia á cargo del Real Patronato, y bajo la protección inmediata de la Embajada, siendo hoy para todos los españoles, por habersele unido el antiguo hospital de Santiago.

(2) Véase la «Memoria de la prodigiosa imagen de María, venerada en la iglesia catedral de Solsona, bajo el título de *Nuestra Señora del Claustro*,» escrita por el señor canónigo D. José Torredadella, é impresa en Lérida en 1873: un folleto de 80 páginas en 8°. Aunque en una información del siglo XVI, que cita dicho señor, se asegura que es más antigua que la de Monserrat, no es fácil creerlo, ni basta ese dicho tan moderno para probarlo.

X.

ORIGEN DE LA SALVE EN ESPAÑA: EL VENERABLE OBISPO DE SANTIAGO PEDRO DE MOSONCIO, SU AUTOR.

Corría el siglo IX felizmente comenzado bajo los auspicios de D. Alfonso el Casto, gran devoto de María como lo acreditó su piedad en Oviedo y Lugo, según queda dicho. Cerca de una aldea llamada de San Félix de Lovio, vivía un piadoso anacoreta llamado Pelayo, el cual vió durante varias noches iluminarse con grandes y sobrenaturales luces, un paraje inmediato cubierto de arbustos y de espesa maleza: víéronlo asimismo los aldeanos de Lovio, y hubieron de ponerlo en conocimiento del obispo Teodomiro.

Aquellas luces no indicaban por entónces la existencia de alguna efigie de la Virgen en tal paraje, sino la de las santas reliquias de Santiago, su sobrino, apóstol y patron de España. Halláronse éstas bajo unas bóvedas de cantería, no sin que el ermitaño fuera iluminado para ello con superiores y sobrenaturales luces, mucho más instructivas que las otras que alumbraban por la noche aquellos campos y las agrestes breñas.

Acudió en breve el rey, y en reverencia del Santo Apóstol concedió al obispo tres millas en derredor del sepulcro (814). Según la piadosa costumbre de aquellos tiempos, al rededor de la sagrada tumba se erigió en breve un templo, al lado del templo el monasterio, y al rededor del templo y del monasterio surgió en breve la ciudad, y el arado roturó los campos inmediatos. De este modo la devoción era entónces un grande elemento de civilización y quizá el principal y más fuerte, colonizando pueblos.

La iglesia fué dedicada al Santo Apóstol y desde entónces los peregrinos afluyeron á la nueva iglesia, como á las célebres y venerandas basílicas de Jerusalem y Roma. Pobre y pequeña era la iglesia que erigió el rey Casto: los tiempos no daban más de sí. Para doce monjes que habian de cuidar de ella hizo una capilla con tres altares, dedicados al Salvador, á San Pedro y á San Juan Bautista: dióles local para claustro y dependencias, al oriente de la iglesia, y el nascente monasterio tomó el expresivo nombre de Antealtares (*Antealtaria*), como dicen crónicas y antiguos privilegios.

El año 912 les daba el rey D. Ordoño II á los monjes benedictinos la iglesia que entonces se llamaba de Santa María de Cortecella, donde ántes se hallaba su monasterio. Parece ser que esta capilla y monasterio habia fundado Alfonso III al ampliar el pequeño y primitivo templo, sin perjuicio del otro de Antealtares (1), y

(1) Florez, *España Sagrada*, tom. XIX, pág. 26. *Confirmamus vobis ipsam ecclesiam Sancte Marie de Cortecella, ubi prius fuit vestrum monasterium.*

su abad tomó el nombre de abad de Santa María. Quizá este servía para el culto de la Iglesia, y la Cortecela para parroquia y asistencia de los peregrinos, cuyo objeto tuvo luego. Aquel estaba dedicado al Salvador: este al culto de su Santa Madre. No podrán asegurar los protestantes, que por el culto de esta dejamos al de Jesus Redentor, y mediador único como ellos dicen. Las dos advocaciones del Redentor y de María llevaba á mediados de aquel siglo (966) el célebre monasterio de Sobrado, á las márgenes del Tambre, que por entónces era de benedictinos, y luego lo fué de los hijos del celoso fundador del Cister y devoto de María San Bernardo. Dos leguas más allá de Sobrado y tambien entre los rios Nanton y Tambre, habia otro célebre monasterio de los llamados *dobles*, que se intitulaba Santa María de Mosoncio. Se ve, pues, cuán arraigados estaban por allí el culto y la devoción á la Virgen María, y no pudiera ser menos en tierra tan favorecida por el Santo Apóstol, sobrino de Ella.

A mediados de aquel siglo era abad de Sobrado un virtuoso monje llamado Pedro Martinez de Mosoncio, de noble familia del país, y capellan de la infanta doña Paterna, en cuya casa y compañía se habia criado. (1) Martin Placenti se llamaba su padre: su madre, apellidada de Sobrado, habia sido azafata (*ansaria*) de dicha infanta. Dejando comodidades y halagos de casa y corte, se resolvió Pedro á entrar en el monasterio de Mosoncio, donde hizo su noviciado. Más adelante llegó á ser abad de Sobrado, y lo era de Antealtares, á la sazón que fué elevado á la cátedra episcopal de Iria, muy á disgusto suyo. Monje sabio del monasterio de Mosoncio y abad venerable y honrado de Antealtares, le apellidaba el cronicon Iriense. Su vida de arzobispo no desdijo de la de humilde monje. Dios le tenia deparada la tribulación más terrible que pudiera sufrir. Almanzor, el gran perseguidor del cristianismo, habia llevado á sangre y fuego los campos de León y Castilla, y tambien los de Aragon y Navarra, derrotando á los principes cristianos en numerosos encuentros. Hasta los muros de Santiago llevó sus armas, y cual si quisiera vengarse de la protección dispensada por el Santo Apóstol á las armas españolas, derribó la mayor parte del templo, profanó los monasterios y lugares santos, y por befa hizo llevar la campanas de Santiago en hombros de cristianos, para que sirviesen de lámparas en la mezquita de Córdoba. Dolor grande debió ser este para el santo prelado: oró, lloró ante la presencia del Señor, y consiguió, por fin, que satisfecha la justicia divina, sucediera la santa misericordia al cabo de doce años en que la espada de Almanzor habia prevalecto en contra de los cristianos.

A ver las ruinas de la basílica compostelana vino el rey D. Bermudo, que se habia criado en ella; y por recuerdo de su educación, por devoción al Santo Apóstol, satisfacción de la justicia divina y prendado tambien de las virtudes del santo obispo, contribuyó para restaurar la basílica, devolvióle cuanto se le habia quitado y se aumentó no poco. El buen prelado tuvo el consuelo de volver á bendecir su basílica en los últimos años de su vida, que acabó al terminar tambien el siglo X.

Los martirologios extranjeros le ponen por santo, y en verdad que lo fué (2).

(1) El tumbo de Sobrado, citado por Florez (ibidem pág. 175) dice: *Et ipsa Infante creavit illum Petrum, et fuit Capellanus in casa de ipsa Infante.*

(2) Véase sobre esto y lo que sigue al citado P. Florez, tomo XIX, pág. 184 y siguientes, donde se trata con crítica, á mi parecer algo dura, la cuestión de santidad del venerable obispo Pedro y el asunto de la *Salve*.

¡Por qué el opulento monasterio de Sobrado, de los más ricos de España y su misma iglesia, cuando allí sobraba todo, no hicieron por obtener de la Santa Sede la declaración de santidad, cosa que fuera tan fácil como justa? Era español..... y nuestros mayores también eran en eso *muy españoles*.

Algunos escritores muy notables de la edad media suponen a nuestro venerable Pedro de Mosoncio autor de la piadosa y antiquísima plegaria a la Virgen, que comunmente llamamos la *Salve*. Así lo asegraba a fines del siglo XIII Guillermo Durando, escritor muy notable, el cual, en el año 1286, terminaba su libro intitulado *Rationale Divinorum officiorum*: en él se dice, que Hermano Contracto compuso las *sequencias* que principian con las palabras *Reus omnipotens..... Sancti Spiritus* y el *Ave María gratia plena* y también la antifona *Alma Redemptoris mater* y *Simon Barjona*..... y que Pedro el compostelano fué el que hizo aquella otra que dice *Salve regina misericordie, vita dulcedo*, etc. A Durando siguen otros muchos escritores extranjeros, que de comun acuerdo vienen atribuyendo el origen de la *Salve* a nuestro venerable compatriota (1).

¿Podían ignorar estos, que casi eran coetáneos de San Bernardo y vivían muy lejos de España, que la invención de la *Salve* y su propalacion por la Iglesia eran ya entonces atribuidas a éste? No por cierto, y si no lo ignoraban, señal es de que en el siglo XIII se creía ser esta tierna plegaria mas bien inventada por el obispo español Pedro de Mosoncio, que por el Santo Abad de Claraval, que era borgoñon y posterior a éste en más de cien años.

Juan el Ermitaño, biógrafo de San Bernardo (2), coetáneo del Santo, a quien llegó a conocer, no dice que este la inventara, sino solamente que la oyó cantar una noche a los Angeles y que la retuvo en la memoria, escribiéndola luego a su discípulo el papa Eugenio. Sobre esto dicen los alemanes que, oyéndola el santo en la catedral de Espira, añadió las tres últimas saluciones:

¡O elemens!

¡O Pia!

¡O Dulcis Virgo María!

Y para que no se pierda la noticia hubieron de marcar con tres lucillos los parajes en que el Santo Abad añadió esas tres invocaciones cariñosas, acompañando cada una con devota genuflexion en aquellos tres sitios designados.

Si la oyó San Bernardo a los Angeles, luego él no la inventó, sino que solamente fué el propalador de ella, gloria que no se le puede negar ni negará, aunque la inventara doscientos años antes nuestro venerable Pedro. Y a la verdad, como los Angeles no han de reclamar patente de invención, ni pararse en fechas, y como la cantaron de modo que la oyese San Bernardo, pudieron cantarla doscientos años antes a San Pedro de Mosoncio y aun trescientos, si es cierta la tradicion de Roncesvalles, de que los Angeles bajaban los sábados a cantar la *Salve* cabe la fuente donde estaba oculta la efigie de la Virgen; segun la tradicion de aquella iglesia, que narraba en el siglo XVI el canónigo Azpilcueta.

Si no insistimos demasiado en la tradicion española, tampoco era imposible omi-

(1) Cítalos el P. Florez, aunque no parece darles asenso. (*Ibidem*.)
La frase de Durando es: *Petrus vero Compostellanus fecit illam Salve Regina misericordie, vita dulcedo*.....

(2) Joannes eremita, lib. II, núm. 7, citado por Florez.

tirla ni menospreciarla: deber era consignarla aquí en pró de nuestra Iglesia y honra de la veneranda basilica Compostelana, que ¡ojalá llegue un día en que vea en sus altares a su venerable prelado Pedro de Mosoncio!

XI.

CULTO DE MARÍA EN LAS MONTAÑAS DE ARAGON AL TIEMPO DE LA RECONQUISTA.

En la parte del Pirineo central comenzó la reconquista casi al mismo tiempo que en Asturias, Navarra y Cataluña; tomando aquel condado el título de Aragon (1) por el nombre del célebre río que riega las comarcas de sus primeras conquistas, bajando del Pirineo y aportando al Ebro sus caudales. No faltó en aquellas el culto de María, compartiendo la devoción piadosa la advocacion de esta con las del Salvador, San Pedro y algunos otros santos.

La restauracion aragonesa considera la cueva de San Juan de la Peña como su Covadonga. Pero allí al lado está asimismo el culto de María desde los primeros tiempos de la reconquista en aquella montaña.

El historiador de aquella santa casa y venerable monasterio, hoy malamente abandonado, describe la cueva, la iglesia y el culto de María en ella, en esta forma (2):

«La gran cueva corre a lo largo pasados de trescientos pasos, dentro de su cavidad más de sesenta. Desde su centro donde está fundada la casa, hasta la vuelta de la Peña, que sirve a todo el edificio de una grande y milagrosa bóveda, hay tanta distancia, que, con estar edificadas dos iglesias una encima de otra, y ser todo el edificio altísimo, de los texados a la vuelta de la Peña que los cubre queda espacio de más de dos pieas en alto, mas y ménos en algunas partes. Por este entra bastante luz para la iglesia, sacristía, atrios, claustros y otras muchas oficinas edificadas entre la casa y la misma Peña. Mira, como por dos luces, a los reinos de Aragon y Navarra, y es bien de advertir que parece que la naturaleza la formó como torre de homenaje para entrambos reinos.....

«Entrambas dos iglesias alta y baja, con sus claustros y todo el edificio antiguo, que las abraza, son de cantería, muy bien labrada, obra costosa y perpetua. La iglesia baja es del tiempo del rey Garcí Ximenez, casi con novecientos años de antigüedad (3). Tiene dos naves no muy altas ni espaciosas, pero muy devotas; bien

(1) Es notable que las etimologías de las palabras *Aragon* y *Navarra*, desconocidas en la geografía antigua, se quiere hacerlas derivar de la palabra latina *ara* (altar) desde el siglo IX. Navarra se ha dicho que es *Nova-ara*, y Aragon *Ara-gonis*.

(2) Historia de la fundacion y antigüedades de San Juan de la Peña..... por su Abad D. Juan Briz Martínez, (libro I, capítulo 18, pág. 74.)

(3) Escribíase esto y se imprimía en 1620.